



5 / 03 / 2022

XI JORNADAS DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

“Mis ojos han visto a tu Salvador”



Comenzamos esta reflexión que lleva por título: **“Mis ojos han visto a tu Salvador”**, con el deseo de que estas palabras nos vayan resonando muy dentro y alcancemos a pronunciarlas en la vida ordinaria.

Las meditaciones y contemplaciones ignacianas comienzan por pedir a Dios lo que quiero y deseo. Vamos por tanto a prepararnos para “andar a buscar lo que quiero” (EE 76)

Estamos aquí para encontrarnos con el Señor y sabemos que Él desea dársenos. Pedimos al Espíritu Santo que nos disponga para descubrirle y acoger lo que nos tiene preparado.

Se trata de disponerme con serena atención al Espíritu, dejándome afectar por el modo de ser y de hacer de Jesús; para que su presencia me fascine y me transforme.

Disponerme para que los dones, mi manera de ser, mis posibilidades, mi personalidad, mis pensamientos, mis decisiones, se orienten a Él y a lo que sueña para mí.

“Deseo hacer las obras ordinarias con espíritu e intención de agradar a Dios”
(M. Alberta)

Al comenzar este rato de oración hacemos la petición de “sentir el conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre para que más le ame y le siga.”
(EE 104)

Dejemos que en este sentir se involucre toda la persona: “sentir y gustar internamente” (EE 2), para que este conocimiento interno vaya llegando tan hondo, que sienta como mirando a Jesús, mi memoria, mi voluntad, mi persona entera se va evangelizando.

Pidamos ese conocimiento interno del Señor que por mí vive en el seno de una familia, en la sencillez y humildad de la vida ordinaria, para que más le ame y le siga.

Leemos la historia que vamos a contemplar, situándonos con el cuerpo y la imaginación, haciéndonos presentes en la escena.

“Cuando se cumplieron los días de su purificación, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor. Había un hombre justo y piadoso llamado Simeón, que aguardaba el consuelo de Israel y el Espíritu Santo estaba con él. Le había comunicado el Espíritu Santo que no moriría sin antes haber visto al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo mandado en la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que decía acerca del niño.

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el alma, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones.”

Estaba allí Ana, hija de Fanuel. Era de edad avanzada, casada en su juventud había vivido con su marido siete años, desde entonces había permanecido viuda y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, sirviendo

noche y día con oraciones y ayunos. Se presentó en aquel momento, dando gracias a Dios y hablando del niño a cuantos aguardaban la liberación de Jerusalén. Cumplidos todos los preceptos de la ley del Señor, se volvieron a Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.” (Lc 2,22-40)

Saboreamos la Palabra para sacar de ella el tesoro, dejándonos afectar por el modo de ser y actuar de Jesús, María y José en su vida ordinaria.

“En el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga.” (EE, 76)

Imaginamos el camino, que harían José, María y el Niño, de Nazaret a Jerusalén para cumplir con la obligación de presentar el Niño al Templo. Este camino nos recuerda la necesidad de salir de nosotros mismos para buscar lo que Dios quiere.

Hoy también nosotros deseamos recorrer ese camino interior necesario para buscar y hallar a Dios en nuestra vida de cada día.

Me hago presente a la Presencia viva de Jesús “con toda reverencia”, con disposición humilde, con la sencillez de Simeón, Ana, José, María...

Veo con los ojos del corazón, escucho lo que dicen las personas o lo que podrían decir, caigo en la cuenta de sus gestos y reacciones.

Simeón con sus ojos abiertos y la mirada limpia descubre, en el signo de lo pequeño, de lo ordinario, la grandeza de Dios. Viendo a Jesús Niño en brazos de José y de María, entona el Himno que la Iglesia reza en completas al terminar el día.

“Ahora Señor según tu promesa puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque **mis ojos han visto a tu Salvador**, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu Pueblo Israel”

Dejemos que estas palabras calen en nosotros. Hoy, Jesús se nos quiere revelar, como a Simeón y a Ana. En la medida que nos dejemos hacer se nos irá iluminando el camino y saldremos de otra manera.

Jesús, nuevamente encarnado, llega a tu vida. Míralo Niño, descúbrelo, es Dios, tu Salvador, el Mesías, el Señor.

Atrévete a pronunciar despacio la oración de Simeón: “Ahora Señor según tu promesa... **mis ojos han visto a tu Salvador...**”

Siente ese paso de Dios que ahora se te regala, para que más le ames y le sigas en tu vida, entre los tuyos.

María y José escuchan sorprendidos, se admiran ¿tienes la capacidad de admirarte de las cosas que escuchas del Señor?

Vivir en serena atención al Espíritu te ayudará a reconocer la presencia del Señor en tu familia. Hoy estás llamado a pronunciar con Simeón: **“Mis ojos han visto a tu Salvador”**, para ser cauce que lleve al encuentro de Jesús a tu familia.

Se volvieron a Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Imaginemos la vida de Jesús en Nazaret con José y María, en familia. ¿Qué ambiente se respiraría?

El Papa Francisco en la carta apostólica *Patris corde* nos da unas pistas que nos ayudan en este rato de oración.

“Con corazón de padre: así José amó a Jesús” con estas palabras comienza esta carta que nos sumerge en la vida oculta de Jesús. José amaba a Jesús con corazón de padre; María, amaba a Jesús con corazón de madre.

Así María y José ven crecer y progresar al Niño en sabiduría y en gracia. Jesús ve la ternura de Dios en José y en María.

“En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura que alcanza a todas las criaturas.

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José y María, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Va guardando en el corazón el fiat que ha pronunciado María, el fiat que ha pronunciado José.

De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el Niño y su madre.”

San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

José el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta ¿Cómo apoyaría a María y a Jesús en las dificultades ¿Cómo se sentiría llamado a cuidarles como su mayor tesoro?

Hazte presente en Nazaret y vislumbra un modo nuevo de ser y de estar: presencia amable, acogedora, cercana.

Así lo experimentó M. Alberta al contemplar el amor de la Sagrada Familia y nos lo regaló viviendo con bondad de corazón, con un trato amable y cercano a todos.

“Santa alegría, cariño y dulzura para todo el mundo” (M. Alberta)

¿Cómo observaría Jesús como hijo a José y a María?

El Papa Francisco en la carta dedicada a los matrimonios escribe:

“Queridos esposos, sabed que vuestros hijos, especialmente los jóvenes, os observan con atención y buscan en vosotros el testimonio de un amor fuerte y confiable.

Los hijos son un regalo, siempre, cambian la historia de cada familia. La paternidad y la maternidad os llaman a ser generativos para dar a vuestros hijos el gozo de descubrirse hijos de Dios, hijos de un Padre que ya desde el primer instante los ha amado tiernamente y los lleva de la mano cada día. Este descubrimiento puede darles la fe y la capacidad de confiar en Dios.

Ciertamente, educar a los hijos no es nada fácil. Pero no olvidemos que ellos también nos educan. El primer ámbito de la educación sigue siendo la familia, en los pequeños gestos que son más elocuentes que las palabras. Educar es ante todo acompañar los procesos de crecimiento, es estar presentes de muchas maneras, de tal modo que los hijos puedan contar con sus padres en todo momento.

En la familia es importante que juntos mantengáis la mirada fija en Jesús. Sólo así encontraréis la paz, superaréis los conflictos y buscaréis soluciones a muchos de vuestros problemas.

Que el hogar sea un lugar de acogida y de comprensión. Guardad en el corazón estas tres palabras: «permiso, gracias, perdón». Y cuando surja algún conflicto, «nunca terminar el día en familia sin hacer las paces»

No os avergoncéis de arrodillaros juntos ante Jesús en la Eucaristía para encontrar momentos de paz, o de tomar la mano del otro, cuando esté un poco enojado, para arrancarle una sonrisa cómplice.

Haced quizás una breve oración, recitada en voz alta, antes de dormirse por la noche, con Jesús presente entre vosotros.”

Contemplemos como Jesús ha vivido así junto a María y a José en un proceso de crecimiento y humanización, desde la sencillez y naturalidad de la vida ordinaria.

Los modos de ser y de estar de José y María condicionan la vida de Jesús, le ayudan a crecer en sabiduría y en gracia. María guardaría muchas veces las cosas en su corazón, su sensibilidad ante los demás tocaría a Jesús, como ocurrió en Caná, su comprensión, su confianza exquisita en José.

Jesús, como cualquier niño, se fija en sus padres, en sus relaciones con los demás, en el trabajo, en su fidelidad a pesar de los imprevistos y dificultades que aparecerían en su vida ordinaria. Y así aprende a obedecer en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres.

José y María presentaron a Jesús en el Templo, le dieron todo lo que eran y tenían en Nazaret. Sin duda en más de una ocasión les brotarían desde dentro del alma las palabras de Simeón: **“Mis ojos han visto a tu Salvador”**.

Ojalá te dejes tocar por Jesús, Él pasa para quedarse en tu vida y en tu familia. Hoy te llama a situarte de un modo nuevo para que le reconozcas y puedas darlo a conocer a los demás.

Finaliza este rato de oración con un coloquio, hablando con Jesús, como un amigo habla a otro amigo, con un diálogo pronunciado más allá de las palabras.

Cuando termines este rato de oración pregúntate ¿Qué me ha ayudado? ¿Qué luces he recibido? Ponles nombre ¿Por dónde siento que me conduce el Señor?

Oración del Papa Francisco a la Sagrada Familia:

“Jesús, María y José, en vosotros contemplamos el esplendor del verdadero amor, a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugar de comunión y cenáculo de oración, auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret, que nunca más en las familias haya episodios de violencia, de cerrazón y división; que quien haya sido herido o escandalizado sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret, haz tomar conciencia a todos del carácter sagrado e inviolable de la familia, de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica.

Amén.”